

- ¿Me quiere volver loco?
 —Perdone. Ocho gracias.
 —Decirlo así es una falta de educación.
 —Perdone. Gracias, gracias, gracias, gracias, gracias, gracias y gracias.
 —¿Por qué me da las gracias?
 —No recuerdo haberle dado a usted últimamente las gracias.
 —Entonces, démelas.
 —¿Y por qué le tengo que dar las gracias?
 —Eso es precisamente lo que yo quisiera saber. ¿No sabe usted nada al respecto?
 —Yo sólo sé que.
 —Todo aclarado. Por lo tanto, pasemos a otro punto. Dígame, ¿ama usted la montaña?
 —Sí.
 —¿Y la montaña le ama a usted?
 —Pues...
 —¿Duda usted?
 —Pues...
 —La duda ofende. Por consiguiente, queda claro que usted me acaba de pegar una patada en los testículos. ¡Ay! ¡Cómo se ha atrevido usted...!
 —Le aseguro que la culpa no es mía, sino de las cosas que están sucediendo en estos tiempos.
 —¿Se puede saber qué está sucediendo?
 —Nada: el presente sólo es un viejo pasado pintado de futuro.
 —Pero ¿es buena la pintura?
 —El cuadro es bueno; pero lo ha pintado tomando como lienzo al aire.
 —Buenas tardes.
 —Eso mismo me dijo usted ayer por la tarde.
 —¿Y qué quiere que le diga? No se me ocurre nada. ¿Acaso se le ocurre a usted algo?
 —Sí.
 —¿El qué?
 —Buenas tardes.
 —Creo que eso ya lo he oído yo en algún sitio.

AMSCHEL PAZ

NO EXISTEN LOS CAMINOS

- Le he dado a usted una puñalada en el pecho. ¿Por qué no sangra?
 ¿Es que sus heridas sangran hacia dentro?
 —El grifo de mi pecho está cerrado; pero no se preocupe usted, que ahora mismo lo abro... Ya está.
 —La sangre no es de color rojo. Es usted poco tradicional.
 —Voy a pintarla inmediatamente de rojo.
 —Su cuerpo se ha transformado, al morir, en una escultura de piedra de tamaño natural.
 —¿Le gusta?
 —Las definiciones de la belleza se convierten en definiciones de la belleza, es decir, en chistes sin gracia, al contemplar semejante obra. ¿Sabe usted quién es el autor?
 —Los senos metálicos del puñal.
 —¡Oh! ¡Mi nariz es el morro del avión! Es una lástima que no sea real, ¿no cree usted?
 —La peor clase de realidad es la realidad. Yo prefiero, sin duda, otras clases de realidad.
 —En realidad tiene usted razón.
 —Usted se equivoca; es usted quien tiene razón cuando afirma que yo tengo razón.
 —En la Ciudad Absolutamente Nefasta, los ciudadanos duermen por el día y por la noche se mueren, convirtiéndose sus cuerpos en sábanas de carne. ¿Quién está equivocado: la zitudá o el zitudadadano?
 —Nadie conoce la verdad y pico. Por lo tanto, cuando acabe de contar hasta tres, usted me vomita a mí y yo le vomito a usted. ¿Está de acuerdo? ¿Está preparado?
 —Supongo que se tratará de vómitos agradables, ¿no?
 —Por supuesto. Mi vómito será usted mismo, y su vómito será yo mismo. Lo malo es que ahora recuerdo que yo no sé contar hasta uno, dos, tres, dos, uno y cero. ¿Sabe usted hacerlo?
 —No.

—En ese caso, nada.
—¿Color de la nada?
—Verde como el verde de las praderas pisoteadas por el viento.
—No sea usted tan breve, por favor.
—Es que padezco de claustrofobia. Me explico: no soporto la visión de textos densos sin huecos por donde las palabras puedan huir si llega la ocasión peligrosa.

—Está bien. ¿Forma de la pradera?
—Tal que mis ojos puedan rodar fácilmente por ella para empaparlos con su frescor.

—¿Número de soles?
—Uno alargado desde su nacimiento hasta su desaparición, a modo de arco iris.

—¿Me permite eructar?
—¿Qué le pasa?
—No soporto tanta poesía.
—Bien. Eructe.

—Un cielo, un aire tan puro, que puede verse incluso a Dios a través de él, allá en lo alto.

—Oiga, ¿sabe usted eructar?
—Pasemos a otro asunto. ¿Sabe si han operado ya a la hormiga que se encontraba enferma?

—Sí. Ya está bien.
—¿Y cómo está tan seguro de ello, con tantas hormigas que existen en este cochino mundo?

—El río se había parado, pero ahora ya funciona.

—Pero ¡eso es una indecencia!
—¿El qué es indecente?
—En realidad no lo sé; por lo tanto, tendré que realizar inmediatamente una indecencia con objeto de justificar la frase.

—¿Qué clase de indecencia?
—¡Cállese! ¡Es usted un indecente!

AMSCHEL PAZ

CASI UNA TIENDA

—Buenos días. ¿Qué desea?
—Buenos días. ¿Qué deseo?
—¿No sabe lo que desea?
—En este momento sólo sé lo que no deseo.
—¿Qué no desea?
—Un pantalón.
—¿Qué clase de pantalón no desea el señor?
—Un pantalón de madera.
—¿De madera?
—Para un muerto.
—¿Qué más no desea?
—Un vaso lleno de horrores con patas.
—¿Qué clase de horrores?
—Ojos.
—¿Qué más no desea el señor?
—Una silla ocupada por una serpiente.
—¿Me permite usted que grite?
—Ahora recuerdo que ésa es una de las cosas que yo deseo.
—Esta bién. ¡Grito A! ¡Grito B! ¡Grito C! ¿Qué le parecen los gritos?
—Muy bien. Me quedo con los tres. Póngamelos en los oídos, por favor: uno y medio en cada uno.
—Sí. ¿Y desea algo más?
—Deseo un matrimonio con fecha y un divorcio sin fecha.
—¿Qué moderno! ¿Desea algo más?
—Deseo una cosa de color negro.
—¿No puede especificar más?
—Es para mi casa que carece totalmente de luz.
—Bien. ¿Qué más desea?
—Un tío que sea más feo que yo.
—¿Puedo preguntarle para qué quiere eso?
—Para consolarme.